

# *Memoria Universitaria del Excelentísimo Don Sabino Fernández Campo*

Mario *HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA*  
*Director*

Excelentísimo se puede ser por méritos de servicio o por condición propia personal. Don Sabino Fernández Campo ha sido, en grado sumo, un ejemplo de valores de profunda riqueza, aportados por el cristianismo, entre los cuales creo que pueden destacarse de modo particular dos: el de la persona que puede dar razón de sí misma y el de libertad moral, que permite la toma de decisiones haciéndose responsable de ellas y, por añadidura, sin alardear de los óptimos resultados que pudiesen haber tenido en el tejido histórico y en el ámbito social.

La personalidad del Conde de Latores, Grande de España, alcanza una múltiple dimensión, en cada una de las cuales alcanza una plenitud cimera en cuanto se refiere a estatura intelectual y moral, en la que dio pie a una persona difícil de explicar racionalmente, si no se tiene en cuenta que la razón suprema de su existencia es el amor. Sueño infantil, esperanza adolescente, vigor en la madurez, vigencia en la vejez. Pero siempre interés sin límites, interesado por la familia, la Patria. Un amor que sobrepasa el del caballero de los libros de caballería, el del pastor a la Naturaleza en la novela pastoral y que alcanza plenitud en el bosque y en el río, en el monte y en la llanura; en la milicia gloriosa, en el Derecho ejemplar, en el servicio a la Patria y la Monarquía, en cuanto encarnación y alma del propio ser, cuando se confunden en uno solo. De modo que el Derecho es Deber; de modo que sacrificio y abnegación, lealtad profunda y a toda prueba, pueden convertirse en una biografía tan amplia que no hay literatura capaz de abarcarla.

Creo que el eje vital del Conde de Latores es su fecunda concepción del Derecho implícito en el orden ético, de manera que ilumine qué es lo justo y qué puede ser lo injusto. Lo cual no es en modo alguno resultado de un consenso

entre los hombres, sino coincidencia con criterios absolutos, pues Dios creó a don Sabino con su naturaleza creada. Una concepción cristiana del Derecho —y del ejercicio de la justicia— diametralmente opuesta al «Contrato Social» de J. J. Rousseau. La sutil pero decisiva distinción entre legalidad y legitimidad, hoy tan difuminada, con grave peligro para la paz social.

Las casi sesenta Grandes Cruces europeas, iberoamericanas, africanas, del mundo árabe ponen de relieve el plano de la política internacional del Conde de Latores, en sus viajes por el mundo como Secretario o Jefe de la Casa de Su Majestad el Rey de España. Un plano que se cuenta paralelo al de su asistencia permanente, con fiel, total y entrañable vínculo respecto a la *maiestas*, la *auctoritas* y *potestas*. Ello tanto en momentos de curso corriente de la política como en momentos de alteración de la normalidad, cuando se rompe la acción afirmativa. Ello siempre desde una base de exquisita educación y alta categoría.

Y es que Sabino Fernández Campo entendía su época —que dejó impregnada de su personalidad— como una modernidad más propia del proceso histórico español y del mundo hispánico, dentro de lo que puede pensarse como un concepto profético de paz, pero no debe considerarse simplemente como una ausencia de guerra, sino como un radical concepto ético y espiritual. Sus raíces se encuentran en la historia personal de su servicio fiel y leal a España, viviéndose a sí mismo, con conciencia de vínculo con él, en cuanto sujeto, con la historia de España como objeto. Fernández Campo se sentía parte de la mejor tradición intelectual del mundo, la tradición y la cultura española, que fue unificadora del Universo. De la España que dio al mundo infinitos bienes y valores, sometida siempre al examen de teólogos, letrados, juristas y funcionarios que consideraron con objetividad ejemplar la infinita serie de realidades inéditas. Esos bienes que hoy no se han perdido. Basta con seguir su trayectoria personal en la historia de España para estar en disposición de conocer que todavía persisten esos valores en personas, como él, de extraordinaria ejemplaridad y coherencia.

Lo único que le faltaba al General Fernández Campo para llenar su poliédrica función personal era el título de Doctor que no pudo alcanzar. Precisamente la Universidad Francisco de Vitoria mantenía la designación de Doctor Honoris Causa al Académico y Presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, cuando ocurrió el acontecimiento de la enfermedad que, en definitiva, produjo su fallecimiento. El Ejército, el Derecho, la Sociedad, la Monarquía, España, todos hemos perdido un excepcional y destacado miembro de lo que Dante Alighieri destacó como *Convivio*.

Las sociedades modernas requieren un específico tipo de persona, ni enajenado por la tecnología, ni autómatas rutinarios, ni alienados, sino como dice Erich Fromm, «valiente, imaginativo, capaz de sufrir y de gozar», a lo que añadimos nosotros: dotado de una recta conciencia ética, de profundos valores cristianos, que le permitió cumplir con estricta rectitud, sin quiebras ni rupturas, el servicio de la vida. «Mar Oceana», cuyo Patronato presidió el ilustre Académico, al dedicarle con emoción el número 26 de su serie, se honra en publicar su última obra escrita sobre el Poder Moderador de Su Majestad el Rey de España.